

Entregas de La Licorne

Año VI, N° 12. Montevideo, mayo de 1959.

Con este número concluye la historia de una revista literaria iniciada entre nosotros en 1953, como segunda época de la primitiva *La Licorne* que apareciera dos veces en París. Decimos que concluye a pesar de que pudiera seguir publicándose —y aun es deseable dada nuestra escasez de revistas literarias— porque el carácter más visible de *La Licorne* fue ser

una revista estrictamente personal a la que pudo designarse como la "Revista de Susana Soca". Reflejó su personalidad, sus gustos, sus ocasionales intereses culturales, así como sus debilidades, sus concesiones amistosas o mundanas. Al desaparecer su directora, desaparece



esa revista, y es un número póstumo, el que ella había preparado antes de muerte, el que se nos ofrece ahora.

La Licorne fue entre nosotros un hecho cultural exótico, reservado a una capilla de intelectuales. De 1953 a 1959 cumplió una trayectoria casi secreta y desaparece sin dejar ninguna huella visible en nuestra cultura, a pesar de que no hubo número de la revista donde no se pudiera encontrar algún texto de calidad. La explicación está en el tipo de publicación al que aspiraba. Su modelo inmediato estuvo en la obra de otra mujer, una americana de nombre Margaret Chapin y por casamiento princesa Catani, quien vivió de 1920 a 1940 en Versalles donde publicó la revista *Commerce*, para editar luego en Roma a partir de 1948 *Botteghe Oscure*. En las escasas entregas anuales de estas revistas se publicaban textos de los principales escritores europeos y americanos, en especial de aquellos más reacios a una inmediata absorción por el gran público, constituyéndose en una selección de páginas raras y de calidad para la más restringida élite intelectual de Occidente.

Ello fue posible en un medio de intensa actividad intelectual como el europeo y ello ha permitido que *Botteghe Oscure* edite 5.000 ejemplares distribuidos entre varios continentes. Susana Soca intentó en el París de la guerra y ocupación alemana continuar la interrumpida tradición de americanas cultas instaladas en Europa, pero cuando trasladó su empeño a un reducido país de la América del Sur, al ámbito restringido de la lengua española, fuera de los centros dinámicos de la cultura, condenaba de antemano su propósito, por dos grandes razones: por la dificultad para obtener textos inéditos de importancia mundial, por la dificultad de obtener suficientes lectores para esos textos. Si se le agrega la falta de medios y de sistemas eficientes de realización, se explicará el fracaso del generoso empeño.

Al repasar ahora los doce números de la colección se comprueba que los únicos textos que conservan interés vivo para nosotros son los de escritores uruguayos y de algún escri-

tor español. A veces porque las colaboraciones nacionales aspiran honestamente a más y consiguen más que las colaboraciones que por cortesía remitan los europeos; otras veces porque estas últimas son conocidas con mayor amplitud y rigor a través de las revistas y ediciones europeas, anteriores o simultáneas a su aparición en *La Licorne*, integrándose cabalmente en su ambiente y realidad propios.

Lamentarse de que tan fervientes energías y posibilidades económicas hayan sido malgastadas y no se hayan puesto a la realización de esa revista nacional de calidad o de esa editorial de autores uruguayos, tan necesarios en nuestro medio, puede parecer ahora en vano, si no pensáramos que es realmente imprescindible que alguien tome el relevo de Susana Soca y realice, mejor lo que ella dejó interrumpido.

El número póstumo de *La Licorne* cumple con los caracteres anotados: textos de Michaux (en francés) que son los borradores de sus experiencias con mesalina; la continuación del excelente estudio de Buber cuya publicación había comenzado en el número anterior y donde examina las experiencias de Huxley con peyotl, para utilizarlas en apoyo de sus conocidas ideas sobre la otredad del mundo y su realidad como diálogo; otro fragmento de la *Autobiografía de Pasternak*, ya publicado en español y comentado en estas páginas; un poema de E. Morante, literalmente traducido por Wilcock; un cuento de Ana Frank, uno de esos cuentos que escriben los niños talentosos con muchas lecturas y cuya publicación sólo puede responder a la tendencia mundana para hacer de Ana Frank, la Santa Teresita de los laicos las páginas de Luc Dietrich (en francés) son el testimonio del declinamiento del surrealismo en retórica de buena sociedad.

Como ya dijimos, lo más interesante y perdurable son las colaboraciones nacionales: tres ardientes poemas de Fernando Pereda donde su ilusionismo mágico explicita sus tres circunstancias creadoras: la poesía, la sensualidad la muerte; cuatro poemas de Pasceyo, breves transcripciones melódicas, de elegante intimismo; Arturo S. Visca completa su análisis de la narrativa de Morosoli y convendría que sus escritos fueran reunidos en volumen pues representan la mejor diagnosis de la obra del cuentista miniano; "Contrabandista" no es de lo mejor de Julio Da Rosa, pero en este, más que cuento, boceto de una personalidad, hay vivacidad de escritura y riqueza anecdótica bien elaboradas.

De Susana Soca se adelantan unos poemas pertenecientes a su libro inédito *En su lugar de la memoria*. Nada en ellos, como en los anteriormente publicados por la revista, justifican la afirmación de Guido Castillo, que más parece dictada por amistad que por un examen crítico: "Ese libro será un acontecimiento para la literatura hispanoamericana... Podemos proclamar sin titubeos que ella representará una forma única de sentir y de pensar en la poesía de nuestra lengua. Porque son muy pocos los poetas de este tiempo que pueden mantenerse sin desmayos en un lirismo tan absoluto y tan profundo". A pesar de que S. Soca vivió un estado poético, muy pocas veces alcanzó en verso la expresión poética. Pero eso lo veremos con más detalle y documentos cuando aparezca su anunciada antología.

A. R.